

Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta Edad Media del norte peninsular

JUAN ANTONIO QUIRÓS CASTILLO



RESUMEN: En los últimos años se ha reabierto un debate en varios países europeos acerca del proceso de formación de las aldeas campesinas en la Alta Edad Media. Frente a los planteamientos propugnados a inicios de los años ochenta por la historiografía francesa, en los que se asociaba la génesis del espacio aldea y del «enceldamiento» señorial con la creación de un nuevo modelo social en torno al año 1000, los estudios arqueológicos han cuestionado esta propuesta interpretativa. Las excavaciones de despoblados y aldeas altomedievales, especialmente abundantes en los últimos años en el sur de Europa, han llevado a plantear nuevos escenarios y problemas.

ABSTRACT: In the last years, there have been excavated in several areas of the north of the Peninsula a series of early medieval villages and farms that do not fit easily in the dominant historiographic paradigms. On the other hand, in the same years it has been reopened in some European countries the debate around the formation process of villages in the Early Middle Ages. The opposition among different theoretical raisings around the role that “village” has played in the medieval landscapes configuration process, has provoked that some authors differentiate the “historians’ villages” from the “archaeologists’ villages”. This debate has not taken place in Spain due to the lack of a proper archaeological register. The concept of village used by the historians in the Early Middle Ages in Spain and the reasons why an archaeology of the early medieval villages has not been developed until recently are discussed in this paper, and some interpretative proposals will be made to discuss the results of the recent archaeological investigations.

The historiography of the peninsular rural world has just incorporated the idea of village and the problem of the origins of the villages from the 80's on, under the influence of the French historiography. In fact, in this tradition where models as the incastellamento, the encellulement, the “mutation féodale” and the beginning of the villages around the one thousand year have been created, in which the implantation of the feudalism has been identified with the creation of a new way of social organization of the space. In the Spanish historiography these themes are traced in the investigations made around proposals as the social organization of the space and later, in the numerous territorial studies made in the 90's. It has been accepted the characterization of the early medieval settlement as disperse and unstable, until the year one thousand, when a concentrated and stable network was settled. Whereas these raisings have been refuted in France and other European countries by a dynamic archaeology of the deserted villages, it is still accepted even in the most recent papers of peninsular authors.

On the other hand, it must be pointed out that in the base of these difficulties, we can find a lack of an archaeology of the deserted villages. The excavations of deserted villages and rural centres have been the basis of the medieval archaeology of the rural world in Europe. The main motivations that are

En este trabajo se pretende discutir cómo este fenómeno ha sido abordado en el norte de la península ibérica en los últimos años, cuando se han formulado las primeras propuestas de construcción de los paisajes medievales, en particular a partir de la documentación escrita. Asimismo, se pretende analizar el papel que ha jugado la arqueología en este debate, discutiendo por qué no se ha consolidado una arqueología de los despoblados y de los espacios agrarios.

PALABRAS CLAVE: aldea, Alta Edad Media, arqueología, poblamiento.

behind the absence of an archaeology of the villages are four. In the first place, the monumental tradition that has conditioned during decades the archaeology of the historical ages, studying churches, castles and cemeteries, but not the domestic structures. In second place, the nature of the strategies and the excavation techniques used or the absence of bio-archaeological studies explain the kind of evidences found; in fact, the timber and soil architecture has been invisible until recently. In the third place, it must be pointed out that the historiographic themes have conditioned the study of the material register, so that concepts, problems and so on have not been made from the archaeology. In the fourth place, small archaeological interventions or site-walking projects have prevailed over open area excavations, so the early medieval villages have not been located. This outlook has been deeply modified in the last years by the development of the public archaeology that has allowed finding, identifying and excavating many early medieval farms and villages, away from the historiographic themes. The results offered by these excavations make possible to redefine basic aspects of the early medieval rural landscape. It has been possible to set that presence of disperse and unstable settlements is exceptional in the north of the Peninsula in the Early Middle Ages, whereas villages based in the intensive cereal cultivation associated to complex cattle farming predominate. The formative processes of these villages are different in several sectors of the Peninsula and reflect very different moments in the creation of local power networks, very active during the Early Middle Ages. The differences observed among the Basque Country, Galicia, Castile, Leon or Madrid are significant. In methodological terms, there have been developed specific strategies of excavation in these sites, so that only if they are excavated in open area, with mechanic means and with bio-archaeological studies, there will be meaningful results. Finally, we must say that our sampling is still partial, but it starts to raise basic problems about the nature of the agriculture and the farming of the early medieval ages, the exploitation systems or the role of the churches in the origin of the medieval spaces.

KEYWORDS: Village, Early Middle Ages, Archaeology, Settlement

INTRODUCCIÓN¹

En los últimos años se ha excavado en varios sectores del cuadrante noroccidental de la península ibérica una serie de asentamientos campesinos de época altomedieval que han permitido, casi por primera vez, analizar la morfología del poblamiento rural durante los siglos VI al XI. El hallazgo y la comprensión de estos yacimientos ha sido posible gracias a una renovación tanto de las metodologías de intervención arqueológica como de las categorías y de los conceptos con los que se analiza la organización del mundo rural en este periodo. De hecho, mientras que los protocolos de intervención y las estrategias de registro ya están bastante bien definidos, en la actualidad se está trabajando en dos líneas principales de actuación: la definición de estrategias de análisis arqueométrico y bioarqueológico de los yacimientos, y la creación de marcos conceptuales e interpretativos de un registro complejo que hasta el momento ha quedado fuera del debate historiográfico tradicional (Quirós Castillo y Vigil-Escalera, 2007).

Seguramente el resultado más significativo de estas intervenciones arqueológicas ha sido el de reconocer la existencia de una densa red de asentamientos y territorios

aldeanos que cubren algunos espacios del cuadrante noroccidental de la península ibérica durante la Alta Edad Media. Asimismo, y en relación con estas aldeas, se están analizando los procesos de formación y abandono de las redes de asentamientos, la coexistencia con otras formas de organización social del espacio, las formas de jerarquización del poblamiento, etcétera. En la actualidad se está realizando, pues, un notable esfuerzo en la construcción del registro material y en la sistematización de los miles de metros cuadrados excavados en estos años (Vigil-Escalera, 2000 y 2006a; Strato, 1999, 2003, 2004a y 2004b; Quirós Castillo, 2006 y Quirós Castillo y otros, 2007).

Para llevar a cabo la interpretación de estos yacimientos ha sido preciso tratar dos temáticas diferentes. Por un lado, hay que tener en cuenta que en estos últimos años se ha reabierto un debate en varios países europeos en torno al proceso de formación de las aldeas campesinas en la Alta Edad Media desde una perspectiva arqueológica, contrastando los paradigmas que se han creado desde las fuentes escritas y los que se están gestando a partir de las nuevas fuentes materiales. Asimismo, y desde un marco regional, el cuadrante noroccidental peninsular cuenta con una importante producción de estudios territoriales sobre la Alta Edad Media que, especialmente en el último decenio, ha centrado su atención en el poblamiento rural, convirtiéndose en un elemento clave en el análisis de la sociedad de este periodo.²

¹ Vitoria; quiros.castillo@ehu.es). Trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación HUM2006-02556/HIST financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia en el ámbito del Plan Nacional de I+D+i titulado «La génesis del paisaje medieval en el norte peninsular: arqueología de las aldeas de los siglos V al XI». Queremos agradecer a Alfonso Vigil-Escalera y Lorena Elorza sus comentarios y mejoras que han aportado al texto.

² En palabras de J. A. García de Cortázar (1999: 506), un «fósil director».

Teniendo en cuenta estas perspectivas, el objetivo del presente trabajo será revisar brevemente los nuevos hallazgos arqueológicos en el marco de las temáticas y de los conceptos que se han manejado hasta el momento para analizar el poblamiento rural en el norte peninsular en el contexto del debate europeo sobre esta cuestión.

Nuestra atención se centrará en el concepto de aldea como observatorio privilegiado para el análisis de la configuración de los paisajes medievales, a pesar de que el progresivo avance de la investigación va permitiendo definir otras categorías o diferentes formas aldeanas y de jerarquización espacial (Vigil-Escalera, 2006b).

Tendremos que partir de la idea de que cuando nos referimos a las aldeas no hablamos únicamente del lugar de residencia o de una morfología compacta o concentrada de poblamiento. Cuando hablamos de aldeas en términos materiales nos referimos en primer lugar a territorios aldeanos, en los que reconocemos espacios tanto de producción como de residencia. Es cierto que la arqueología del cuadrante noroccidental se ha especializado en el estudio de los elementos más visibles (necrópolis e iglesias), que en el análisis de los espacios domésticos y agrarios. Pero los nuevos estudios están mostrando la existencia de asentamientos rurales estables que cuentan con una compleja estructura productiva y social. Estos asentamientos están dotados de espacios productivos articulados que reflejan formas de organización del espacio mucho más complejas de las que hasta el momento se habían planteado, lo que nos ha llevado a reformular el concepto de *aldea* en la Alta Edad Media. Por otro lado, la excavación de superficies muy amplias ha permitido reconocer en algunos casos granjas de breve duración, aunque su presencia es testimonial.

El empleo del concepto de *aldea* para denominar estos yacimientos no es inocente, ya que son muchas las implicaciones que comporta el uso de un término polisémico y cargado de connotaciones historiográficas (por ejemplo, Bonnassie, 1983: 13-17; Fossier, 1996: 211-212). Por otro lado, su ausencia en los trabajos arqueológicos realizados durante los últimos años en el área objeto de estudio es asimismo muy significativa.

Indudablemente, no se trata únicamente de un problema de orden semántico o terminológico, sino que

detrás del empleo de este término se encierran varios órdenes de problemas de una notable complejidad; por un lado, los significados que se le han ido atribuyendo a esta categoría en las distintas propuestas de análisis territorial del espacio altomedieval (Wickham, 2005: 517); por otro lado, la capacidad de elaborar desde el registro arqueológico categorías y problemáticas específicas y no necesariamente convergentes con las propuestas desde el registro escrito (Barceló, 1988); por último, la revisión que es preciso realizar de algunos paradigmas que hasta el momento han articulado la historia rural de la Alta Edad Media.

De hecho, son numerosos los trabajos recientes realizados por arqueólogos europeos que han contrapuesto a nivel conceptual la «aldea de los historiadores» y la «aldea de los arqueólogos», con el fin de dar a entender las contradicciones de carácter teórico e interpretativo con las que se aborda el problema de los espacios rurales en la Alta Edad Media (por ejemplo, Zadora-Rio, 1995; Petyremann, 2003: 25-101; Francovich y Hodges, 2003: 113; Valenti, 2004: 1-7; Reynolds, 2005: 116-117; Wickham, 2005: 516-517).

En España, en cambio, este tipo de debate aún no ha sido posible, debido sustancialmente a la carencia de un análisis arqueológico del poblamiento rural altomedieval y, en general, por la ausencia de una arqueología de las aldeas. De hecho, las principales síntesis y reflexiones historiográficas realizadas sobre este argumento discuten sustancialmente posiciones teóricas y planteamientos metodológicos (por ejemplo, Lizoáin, 1991; Barrios y Martín Viso, 2000-2001; García de Cortázar y Martínez Sopena, 2003, etcétera). Aunque contamos con numerosas propuestas, el debate sobre el poblamiento y los paradigmas ha sido «obligadamente teórico [...] por falta de evidencias empíricas que dieran razón a alguno de los modelos interpretativos» (García de Cortázar, 1995: 16).

El presente trabajo se articula en tres partes principales. En primer lugar, se discutirá el concepto de *aldea* que ha sido utilizado por los historiadores; a continuación se analizará por qué los arqueólogos que han trabajado en el cuadrante noroccidental de la península ibérica no han precisado nunca este concepto; por último, se propondrá una serie de elementos para el debate en función de los

resultados que se están obteniendo en las nuevas investigaciones arqueológicas.

EL CONCEPTO DE ALDEA DE LOS HISTORIADORES Y DE LOS ARQUEÓLOGOS

LA ALDEA DE LOS HISTORIADORES Y DE LOS ARQUEÓLOGOS

Con este sugestivo título hace diez años E. Zadora-Rio planteaba, en el contexto de la historiografía francesa, la contradicción que se había venido a crear entre el concepto de *aldea* que había desarrollado la historiografía, frente a los resultados de las excavaciones de los asentamientos concentrados altomedievales (Zadora-Rio, 1995).

Tal y como se ha planteado en un trabajo aparecido en el primer número de la presente revista dedicado a las temáticas de análisis del espacio medieval en Francia, el impacto que han tenido los paradigmas del *incastellamento* y de la *naissance du village* ha sido enorme a la hora de construir las agendas de investigación en los últimos decenios (Cuesta Rodrigo, 1996: 18-20). Ambos modelos, contruidos durante los años setenta, han logrado situar en el centro del debate sobre la formación de la sociedad feudal las transformaciones que se habían producido en los paisajes y en las estructuras de poblamiento.

Tanto a través de análisis territoriales específicos —como el realizado por P. Toubert en el Lacio (Toubert, 1973)—, como a través de síntesis más globales —como las realizadas por O. Chapelot y R. Fossier (1980) integrando el registro material y documental a la hora de analizar las estructuras del poblamiento en el centro y en el norte de Europa, o la firmada por este último autor (Fossier, 1984: 190 y ss.) en torno a la formación de Europa—, el análisis social de las transformaciones del poblamiento se ha convertido en una temática fundamental para comprender la «revolución» del año 1000. Si Toubert centra su

atención en la génesis de los *castra*, Fossier analiza el surgimiento de las aldeas. El proceso de concentración del poblamiento se convierte, a partir de estos autores, en un indicador privilegiado para comprender los procesos de reorganización autoritaria de la población, la producción y, por extensión, la génesis de la sociedad feudal. Para este último autor, la Alta Edad Media se caracterizaría por un poblamiento disperso formado por «pueblos efímeros» caracterizados por una «seden-tarización imperfecta» (Fossier, 1984: 51 y ss.) asociados a un sistema productivo basado en una agricultura itinerante e inestable. Solamente en torno al año 1000 se habría producido la formación de las aldeas en el marco del «enceldamiento» o «revolución feudal» que habría comportado la sujeción del campesinado a los poderes señoriales y la reordenación autoritaria de la producción y de las formas de poblamiento. Es en el siglo XI cuando nacen las aldeas en torno al cementerio, la parroquia, los castillos y los señoríos, que constituyen los marcos de sociabilidad alrededor de los cuales se reorganiza la sociedad medieval como resultado de la afirmación del feudalismo (Fossier, 1982: 190 y ss., y 1996: 210 y ss.). De esta manera Fossier dota al concepto de *aldea* de un significado sociológico, que va más allá del carácter agrupado del poblamiento, con lo que adquiere un contenido político e ideológico muy concreto.

Esta propuesta interpretativa, por su carácter globalizante, ha influido notablemente en el desarrollo de la historia y la arqueología medieval francesa (Peytremann, 2003: 25-102). De hecho, aldeas altomedievales tan importantes como las de Baillet-en-France, Villiers-le-Sec y Brebières, entre otras, han sido consideradas como meras formas de hábitat *pré-villageois* (Guadagnin, 1988: 116), ya que carecen de algunos elementos caracterizadores de las «verdaderas aldeas». Pero la multiplicación de las intervenciones arqueológicas, especialmente a partir de los años noventa, ha permitido recuperar un número muy relevante de aldeas altomedievales, especialmente en zonas sometidas a una intensa transformación paisajística, como Île-de-France, o como resultado de la realización de grandes obras públicas.

Consciente de esta situación, y ante la presión de las primeras críticas, a inicios de los noventa Fossier (1996: 211-212) vuelve a reformular el concepto de *aldea*:

solo hay aldea cuando esta forma de agrupación posee una organización interna, una personalidad jurídica, una mentalidad común y un territorio organizado. Si no es así, para mí es un *hábitat*, no es una aldea.

En los últimos años, y a pesar de que en numerosos ámbitos académicos sigue aceptándose la validez del modelo de la *naissance du village*, se ha producido una profunda revisión de estas posiciones por parte de los arqueólogos e historiadores franceses (Watteaux, 2003). Tras los trabajos ya mencionados de E. Zadora-Rio, las síntesis sobre la arqueología de las aldeas francesas (Peytremann, 2003; Perin, 2004) y los análisis regionales (Raynaud, 2003: 331) han terminado por demoler la propuesta del nacimiento de las aldeas en el año 1000, demostrando la importancia de las redes aldeanas durante todo el periodo altomedieval (fig. 1), y las importantes transformaciones que han tenido lugar en la fase final del periodo merovingio (Zadora-Rio, 2001).

Por otro lado, hay que tener en cuenta que los paradigmas de la «revolución feudal», el *incastellamento*, el nacimiento de la aldea y la mutación del año 1000 desarrollados en Francia han tenido una notable influencia en otras tradiciones historiográficas y arqueológicas europeas en los últimos treinta años.

Así, por ejemplo, el modelo del *incastellamento* de Toubert ha tenido una notable influencia en las fases iniciales de la reciente arqueología medieval italiana (Francovich y Milanese, 1990). De hecho, a partir de los años ochenta se ha realizado un número muy relevante de excavaciones en castillos medievales que ha permitido reconocer cómo el fenómeno del *incastellamento* no es más que un episodio —el más visible en los documentos y en el registro material— de una larga historia que se había iniciado siglos antes (Francovich y Ginatempo, 2000). Más recientemente, la arqueología de las aldeas altomedievales en Italia se ha convertido en una temática fundamental en el análisis de la génesis

de los paisajes medievales (Brogiolo, Chavarría y Valenti, 2005; Gelichi, 2005), hasta el punto de convertirse para algunos autores en un indicador del inicio de la Edad Media, marcando una ruptura definitiva con el pasado romano (Francovich y Hodges, 2003; Valenti, 2004).

Desde otras perspectivas diferentes, en Inglaterra historiadores como C. Dyer han otorgado la categoría de *aldea* únicamente a los núcleos concentrados que se desarrollan entre los siglos IX a XII como resultado de la afirmación del *manorial system* o como conclusión del crecimiento que tuvo lugar en la Plena Edad Media. Los asentamientos anteriores han sido considerados sencillamente como *non-villages* (Lewis, Mitchell-Fox y Dyer, 1997: 8). En cambio, las síntesis recientes realizadas por arqueólogos como H. Hamerow (2003) sobre Inglaterra y el noroeste de Europa han reconocido una compleja evolución social a partir de la arqueología de las aldeas y la existencia de asentamientos dotados de una compleja estructura interna. Más concretamente, se ha establecido cómo con anterioridad a la creación de asentamientos articulados en torno a las primeras capillas privadas y los *manors* ya había aldeas ordenadas y divididas en parcelas regulares reflejo de una forma de organización del espacio menos inestable de la que hasta ahora se había supuesto (Reynolds, en prensa).

Podríamos multiplicar los ejemplos,³ pero resulta evidente que los paradigmas historiográficos trazados a finales de los años setenta e inicios de los ochenta a partir de la documentación escrita que asocian la génesis de las aldeas a la afirmación del feudalismo y al encuadramiento del campesinado en rígidos marcos señoriales sigue dominando, con variaciones sobre el tema, el discurso de los historiadores. De forma paralela, la arqueología ha permitido conocer la existencia de un importante volumen de aldeas,⁴ invisibles al registro escrito, que trazan un cuadro muy diferente de los siglos anteriores al año 1000.

³ Por ejemplo, en Alemania el trabajo de Donat (1980) ha planteado una síntesis de gran calado sobre las relaciones socioeconómicas altomedievales a partir del registro material, y todavía hoy en día mantiene su vigencia.

⁴ En Francia son más de medio millar las aldeas altomedievales excavadas (Lorren, 2006).

Quizá el dato más significativo de estos primeros años del siglo XXI es que algunos estudiosos, conscientes de estas contradicciones, han comenzado a cuestionar abiertamente la validez de los paradigmas levantados a partir de las débiles y escasas fuentes escritas y a realizar nuevas propuestas recurriendo de forma prioritaria al registro material. En palabras de R. Francovich (y Wickham, 2005: 351),

la ricerca archeologica sta dando ottimi risultati sul terreno Della definizione dei processi formativi (e trasformativi) degli assetti insediativi tardoantichi e altomedievali, e questo è il dato più rilevante e serio: lavoriamo in questa direzione, liberi dalle suggestioni dei modelli storiografici. Sarebbe davvero dannoso rinunciare al potenziale informativo per seguire modelli aprioristici: L'unica prospettiva credibile è quella di ragionare sulla base dei nuovi documenti archeologici e tornare sulle fonti sulla base di una griglia interpretativa davvero innovativa.

LA ALDEA DE LOS HISTORIADORES EN EL NORTE PENINSULAR

El estudio de la configuración de las sociedades feudales en la península ibérica cuenta con varias síntesis de carácter historiográfico que han analizado, en sus grandes líneas, los distintos paradigmas que se han definido para estudiar el periodo altomedieval.⁵ Un repaso de estas síntesis permite reconocer las distintas orientaciones que han seguido los estudios sobre la transición de la Antigüedad a la Edad Media en el cuadrante noroccidental de la península.

Una de las temáticas que más interés han suscitado entre los historiadores de la Alta Edad Media en los últimos años es el análisis de las formas de ocupación

y organización del espacio. De hecho, la profunda renovación que ha conocido la historiografía de la Alta Edad Media en el cuadrante noroccidental peninsular en los últimos años no podría explicarse sin recurrir a los estudios sobre las formas de ocupación del espacio, utilizando con frecuencia al registro material.

Tal y como se intentará demostrar a continuación, y a pesar de la existencia de varias corrientes e influencias, el peso de los paradigmas creados por el medievalismo francés, y en particular el concepto de la *naissance du village*, ha sido especialmente significativo en los estudios más recientes realizados en nuestro territorio. Por otro lado, en los primeros trabajos dedicados a la historia del mundo rural el análisis del poblamiento no ha tenido un papel de diagnóstico para analizar las relaciones de poder, ya que se ha prestado una atención más global a la historia agraria. En cambio, en los trabajos realizados en los últimos años la historia agraria ha quedado supeditada al análisis morfológico del «hábitat» o del poblamiento.

Sin pretender ni poder ser exhaustivos, es posible reconocer varias etapas en la historiografía de los últimos treinta y cinco años a la hora de tratar de analizar las formas de ocupación y explotación del espacio en la Alta Edad Media.

Los antecedentes más inmediatos de estas preocupaciones historiográficas se pueden rastrear en el debate clásico sobre la despoblación del valle del Duero abierto por Claudio Sánchez Albornoz y animado por otros investigadores. No obstante, el inicio de la historia rural peninsular podemos situarla a finales de los años sesenta, cuando se van a desarrollar los primeros estudios sobre esta temática bajo una fuerte influencia del medievalismo francés (García de Cortázar y Martínez Sopena, 2003: 58-59).

En una primera etapa, que podríamos situar grosso modo hasta el segundo lustro de los años ochenta, se van a realizar investigaciones caracterizadas por una serie de rasgos específicos. En primer lugar, son estudios que centran su atención en los dominios monásticos, explotando por primera vez de forma sistemática fondos documentales de gran potencialidad para los estudios rurales, y con posterioridad en espacios terri-

⁵ Entre los principales trabajos se pueden señalar los de Lizoáin Garrido (1991), García de Cortázar (1999), García de Cortázar y Martínez Sopena (2003), Cabrera (1999), Barrios y Martín Viso (2000-2001) y Laliena (2002).

toriales homogéneos. En segundo lugar, y en función de la naturaleza de los fondos y las temáticas de estudio, estos trabajos no abordan de forma sistemática el estudio de los siglos anteriores al x. En tercer lugar, hay que señalar que en el análisis de los dominios monásticos las formas de ocupación del espacio tienen un papel aún marginal o incluso secundario. Se presta una atención muy especial al análisis de conceptos claves como el de *villa*, discutiendo en cada contexto su significado e implicaciones, aunque el principal objeto de análisis será la formación del dominio monástico.

Entre los estudios más significativos de este periodo se pueden señalar los trabajos dedicados a monasterios como el de San Millán de la Cogolla (García de Cortázar, 1969) o el de Sahagún (Mínguez, 1980), mientras que entre los trabajos territoriales se pueden señalar los realizados en Galicia (a partir de Portela y Pallares, 1975) o en Tierra de Campos (Martínez Sopena, 1985).⁶

En estos trabajos pioneros se analizan, entre otros conceptos, el de *villa*, interpretado como una propiedad o como una aldea, aunque con el tiempo prevalece la segunda acepción (García de Cortázar, 1969: 84-86; Pallarés y Portela, 1975: 99 y ss.). A partir de estas consideraciones se realiza una caracterización del hábitat articulado en aldeas de diferentes dimensiones (Mínguez, 1980: 53 y ss.), de tal manera que en lugares como Tierra de Campos la aldea es una constante en el siglo x (Martínez Sopena, 1985: 107). No se realiza, en cambio, una caracterización de las formas de hábitat anteriores, aunque en ocasiones se detecten procesos de concentración en torno al siglo x.

Desde una óptica muy diferente durante los años setenta se va a introducir el concepto de *comunidad de aldea*. Se trata de una categoría de carácter social, económica e incluso administrativa creada en el marco del estudio de la formación de las sociedades feudales como resultado de la descomposición de las antiguas (Barbero y Vigil, 1978: 361). Sin embargo, esta escuela ha prestado una atención prioritaria al análisis de la estructura de poder, de tal manera que las formas de ocu-

pación y explotación del espacio han tenido un papel secundario en su análisis. Así, por ejemplo, C. Estepa (1986: 47) ha definido la *comunidad de aldea* como «una organización económica, una unidad de los hombres que habitaban un pequeño territorio, de manera más o menos concretada o dispersa», de tal manera que ha sido posible imaginar la existencia de comunidades de aldeas sin aldeas (Estepa, 1998: 279). En todo caso, teniendo en cuenta el peso que ha tenido este concepto en numerosos estudios históricos peninsulares, las reflexiones en torno a esta categoría y su significado han sido frecuentes (Estepa, 1998; Peña Pérez, 2001).

Pero quizá el entramado conceptual más complejo que se construye en estos años para llevar a cabo un análisis de los espacios rurales es la propuesta denominada *organización social del espacio*, que se va configurando a través de varios trabajos realizados por J. A. García de Cortázar (1975 y 1985). En esta formulación, descrita y analizada en varias ocasiones, se introducen categorías como las de «comunidad de valle», «valle» o «comunidad de villa», que obligan a enfrentarse al análisis de las estructuras de poblamiento. De hecho, casi por primera vez se formula el tránsito de un poblamiento altomedieval disperso, laxo y alveolar (fig. 2) a la creación de una red de aldeas homólogas en torno al año 1000 (García de Cortázar, 1985: 62 y ss.). En la misma formulación de la propuesta de «organización social del espacio» se reconoce una influencia creciente de la historiografía francesa, implícita cuando se establece por primera vez una analogía entre los procesos de concentración y el *incastellamento* de Toubert (García de Cortázar, 1985: 72-73).

Es cierto que este autor, en otros trabajos, incluirá en el debate otras particularidades del espacio peninsular, matizando concretamente las cronologías de los procesos de formación de las aldeas, pero creemos que la influencia de la historiografía francesa será muy significativa en sus escritos.⁷

⁶ Este es uno de los primeros trabajos en los que se analizan diacrónicamente las estructuras del poblamiento en nuestro territorio, partiendo desde el mundo antiguo.

⁷ Así, por ejemplo, en ocasiones se asocia la formación de las aldeas al año 1000 (García de Cortázar, 1995: 614), mientras que en otras ocasiones se describe como un proceso mucho más largo y diluido (García de Cortázar, 1988: 22). En todo caso, el tránsito del poblamiento disperso al concentrado y la importancia del proceso de formación de las aldeas como plasmación de

De alguna manera esta etapa de la historia rural se puede idealmente concluir en el año 1988, con la edición de dos trabajos de gran importancia: la primera síntesis dedicada a la historia rural en España (García de Cortázar, 1988) y la publicación de la primera propuesta conceptualmente sólida para construir una arqueología medieval en España (Barceló, 1988).

En el primer trabajo, en el que ya se han asumido y elaborado categorías de análisis como la de *aldea*, García de Cortázar plantea cómo fue entre «mediados del siglo IX [y] a mediados del siglo X cuando parece consolidarse el triunfo de la aldea como modelo hegemónico de organización social» (García de Cortázar, 1988: 22). Sin embargo, el entramado conceptual y teórico de su síntesis sigue pivotando en torno a otras categorías, como las de comunidad de valle, valle, comunidad de aldea, etcétera.

En el segundo trabajo, en cambio, se analizan desde un sólido aparato conceptual temáticas y aspectos clave que permiten comprender el significado último del proceso de concentración campesina en términos de organización autoritaria de la producción y de captura de excedentes en términos señoriales (Barceló, 1988: 197-202). Se conceptualiza el espacio rural como la articulación entre asentamientos y zonas de explotación, y se analiza su estructura como resultado de desigualdades espaciales arqueológicamente detectables. A la luz de las más recientes investigaciones europeas se propone por primera vez la creación de una arqueología agraria que preste una atención prioritaria a los espacios de cultivo. Sin embargo, sus propuestas e instrumentos de análisis han merecido una atención solamente parcial en la praxis de la arqueología medieval del noroeste peninsular, tal y como analizaremos a continuación.

En los trabajos de la nueva generación de historiadores de los primeros años noventa adquirió un papel protagonista la genérica relación existente entre el espacio y la sociedad, bien prosiguiendo las tendencias ya trazadas con anterioridad (Peña Bocos, 1995; Pallares y Portela, 1992 y 1995-1996), bien introduciendo enfoques y temáticas desarrolladas más allá de los Pirineos (por ejemplo, Reglero de la Peña, 1993; Pastor, 1991, etcétera).

un nuevo orden social van a formar parte de su bagaje interpretativo.

Un fenómeno innovador de estos años fue la realización de las primeras síntesis basadas, sobre todo, en el registro material (Gutiérrez González, 1995).

El proceso de «europeización» de la historiografía medieval del noroeste peninsular, iniciado en los años ochenta, alcanzará un notable desarrollo a partir de estos años como resultado de la traducción al castellano de importantes textos de referencia (Fossier, Toubert, Bonnassie, Wickham, Bois, etcétera) y a través de una creciente internacionalización de las investigaciones.

Pero ha sido en los últimos diez años cuando el poblamiento se ha convertido en la historiografía del noroeste peninsular en el indicador básico para comprender el tránsito entre el mundo antiguo y el medieval. Toda una serie de nuevas investigaciones, realizadas esencialmente con el formato de tesis doctorales, ha supuesto una profunda renovación metodológica y conceptual en el análisis de la configuración de los paisajes medievales. Los principales rasgos que caracterizan estos trabajos son el análisis de territorios homogéneos (recurriendo en ocasiones a análisis comparativos), la fuerte influencia de las propuestas interpretativas francesas y en general europeas, el papel que ha tenido el análisis de la génesis de las aldeas medievales en la interpretación global y el recurso de forma sistemática a la fuente material. Algunos de estos autores han abrazado explícita (Martín Viso, 2000: 137-139) o implícitamente (Escalona, 2002: 223; García Camino, 2002: 335) el concepto de *aldea* trazado por la historiografía francesa; en cambio, otras propuestas aceptan la existencia de una red aldeana en torno al año 1000 como resultado de un largo proceso de «crecimiento agrario» que se habría desarrollado entre los siglos VIII, IX y X (Pastor, 1996: 64 y ss.; Larrea, 1998: 323-326), desplazando de esta manera al periodo visigodo el modelo de poblamiento inestable y disperso que otros atribuyen a los siglos posteriores.

En todo caso, las aldeas constituyen el punto de llegada en la mayor parte de estos trabajos, y son el resultado de la acción de los feudales. Con anterioridad habría que hablar de *poblamiento disperso e inestable* o de *protoaldeas* (traduciendo el término *protovillage*) creadas por el campesinado, asociadas en algún caso a centros de poder en altura de carácter castral (Escalona, Martín Viso).

Otros autores identifican la aparición de las aldeas

como un momento fundamental en la creación del paisaje medieval, aunque en ausencia de intervenciones arqueológicas no se les pueda atribuir la fecha de nacimiento (Fernández Mier, 1999), mientras que en el caso de Galicia no se ha dado la prioridad al fenómeno de las aldeas, sino más bien a las «comunidadesseudomonásticas» como agentes de transformación social (López Quiroga, 2004: 296).⁸

En la base de estas diferencias tan significativas coexisten tanto diferentes aproximaciones teóricas a la hora de realizar el análisis social del paisaje como metodologías distintas. Más concretamente, el empleo de un registro arqueológico de escasa calidad, construido a partir de trabajos datados y de la denominada *arqueología espacial o del paisaje*, así como la dificultad de los propios autores a la hora de sistematizar y elaborar este registro material, ha dado como resultado que se realicen lecturas muy cuestionables (Azkárate y Quirós Castillo, 2001: 26; Gutiérrez González, 2000).

Aunque en los trabajos más recientes aún es posible reconocer la influencia de paradigmas como el del nacimiento de la aldea (Larrea, 2003-2004: 181), aparentemente en estos últimos años se ha ralentizado la producción historiográfica en torno a estos problemas. La dificultad de contrastar hipótesis sugerentes y las propias limitaciones de los planteamientos teóricos seguidos podría explicar esta situación. Por otro lado, se están realizando revisiones profundas de algunas temáticas concretas, como el fenómeno del nacimiento de la aldea o el *incastellamento*, la supervivencia de la fiscalidad, los centros de poder en la Alta Edad Media, etcétera (Barrios y Martín Viso, 2000-2001: 67 y ss.; Martín Viso, 2001; Castellanos y Martín Viso, 2005). Pero resulta muy probable que se esté cerrando un ciclo. Si se pretende seguir considerando la relación entre espacio y poder como un criterio de análisis de la configuración de los paisajes medievales, es preciso empezar a relativizar las fuentes escritas y a trabajar

sobre registros materiales de calidad, de los que ya disponemos para algunos espacios.

Por otro lado, será necesario replantearse algunos de los paradigmas teóricos con los que hasta el momento hemos intentado intuir o explicar un periodo que cada vez es menos «oscuro».

LA ALDEA DE LOS ARQUEÓLOGOS

Como hemos señalado, uno de los elementos que más ha condicionado en los últimos años la lectura de los paisajes altomedievales ha sido la ausencia de un registro material de calidad. De hecho, si tuviésemos que analizar el concepto de *aldea* que han utilizado los arqueólogos que han trabajado en los últimos decenios en el cuadrante noroccidental peninsular, podríamos concluir sencillamente que no han recurrido nunca a esta categoría de análisis. Todas las síntesis disponibles coinciden en señalar el escaso conocimiento que tenemos de los poblados y los espacios agrarios de la Alta Edad Media (Gutiérrez González, 2006: 64 y ss.; Chavarría Arnau, 2005; Bohigas, 2001).

Las razones por las cuales la aportación de la arqueología ha sido hasta el momento muy parcial son variadas y muy complejas. Concretamente en esta ocasión trataremos cuatro temáticas principales: la ausencia de una arqueología de los despoblados y la lectura monumental del paisaje rural en la Alta Edad Media; el papel ancilar que ha jugado la arqueología respecto a la historiografía altomedieval; la apuesta por una «arqueología de superficie», en ocasiones convertida en una «arqueología superficial», y el impacto reciente de la denominada *arqueología de gestión*.

I. LA AUSENCIA DE UNA ARQUEOLOGÍA DE LOS DESPOBLADOS

A diferencia de lo que ha ocurrido en otros países europeos, la arqueología de las aldeas y de los despoblados no ha jugado un papel determinante en la construcción disciplinar de la arqueología medieval en España.

⁸ Habría que añadir también otros trabajos, como los publicados en el monográfico «El poblamiento altomedieval galaico-astur-leonés: herencia prerromana, romana y visigoda», *Studia Historica*, 1998, por E. Portela, M. C. Pallares, M. C. Rodríguez, M. Durany, J. M. Mínguez, F. J. Fernández Conde, M. P. Pedregal Montes y J. A. Gutiérrez González.

En otras tradiciones europeas (como la británica, la francesa, la italiana, la polaca o la alemana, por señalar algunas de ellas) el inventario y la excavación en extensión de aldeas abandonadas a lo largo de la Edad Media ha constituido la primera vía de análisis arqueológico de la historia rural ya a partir de los años cincuenta. Si en una fase inicial la atención se puso sobre el fenómeno del despoblamiento y la protección de este patrimonio, a partir de los años setenta la arqueología de los des poblados ha sido el escenario en el que se han analizado arqueológicamente procesos como el *incastellamento*, las construcciones estatales, la estructura económica altomedieval o las redes aldeanas altomedievales.

Hay que tener en cuenta que los estudios sobre los des poblados en España son tan precoces como en otros países europeos. En el importante coloquio celebrado en Múnich en 1965, N. Cabrillana ya señalaba la existencia de más de cuatro mil des poblados en España, centrandó su atención en espacios como Castilla La Nueva, Andalucía, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia y Murcia (Cabrillana, 1965).⁹

Sin embargo, estas aproximaciones cuantitativas no tuvieron su eco en análisis cualitativos basados en la excavación de estos des poblados en el cuadrante noroccidental peninsular, salvo excepciones puntuales.

Las razones por las cuales estas temáticas no han sido abordadas prácticamente hasta los años noventa, cuando la arqueología de gestión cobró un mayor protagonismo en el contexto de la progresiva destrucción de nuestros paisajes rurales, son muy variadas.

Por un lado, existe un condicionante de carácter teórico a la hora de planificar este tipo de intervenciones. De hecho, se han privilegiando sustancialmente los elementos más visibles y monumentales de las aldeas y los des poblados, como son las iglesias, las necrópolis o las estelas funerarias. Por este motivo, y salvo excepciones, la arqueología no ha analizado la aldea medieval en su complejidad, y por ello no ha necesitado recurrir a este concepto.

Así, por ejemplo, Alberto del Castillo, verdadero pio-

nero de la arqueología medieval en nuestro territorio, realizó entre los años 1966 y 1975 un total de 32 intervenciones en Castilla y León, de las cuales 22 fueron en necrópolis, dos en eremitorios, tres en iglesias y tres en necrópolis asociadas a un poblado (Riu, 1995). Aunque este autor era perfectamente consciente de que el análisis de una necrópolis o una ermita suponía un lugar de habitación (Del Castillo, 1972: 15), decidió de forma deliberada centrar sus esfuerzos en los elementos materiales más visibles. Sus continuadores, en cambio, orientaron ya de forma exclusiva su interés hacia aspectos arqueográficos, de tal manera que el estudio de las necrópolis terminó por adquirir un protagonismo manifiesto durante los años ochenta e incluso inicios de los noventa (De la Casa, 1992), pero no trascendió y comportó un análisis territorial más amplio.

Igualmente el estudio de las necrópolis dotadas de ajuares de los siglos VI y VII no ha dado tampoco pie a un análisis de la organización social del espacio. Como máximo, se ha realizado una lectura étnica de este registro, utilizando las tumbas visigodas como indicador de los lugares de asentamiento de los visigodos. Pero en ningún caso se ha realizado un análisis social de estas necrópolis formando parte de aldeas y de sistemas de ocupación y explotación del espacio (Ripoll, 1989).

La ausencia de esta «desmonumentalización» de la arqueología medieval del norte peninsular (que en cambio sí se ha producido en Europa) en los últimos treinta años ha tenido, desde nuestro punto de vista, efectos muy notables en dos direcciones: limitando, por un lado, la creación de modelos y propuestas teóricas de análisis de los procesos de formación de los paisajes medievales e impidiendo, por otro, superar las contradicciones existentes entre los paradigmas historiográficos y el registro material. Con frecuencia este conflicto se ha resuelto acudiendo a modelos interpretativos generados desde la historiografía.

En segundo lugar, cabe preguntarse hasta qué punto las estrategias de excavación y el empleo de técnicas depuradas de intervención han influido en algunas ocasiones en los resultados de las intervenciones. De hecho, se han reconocido aquellos elementos que cuentan con una mayor visibilidad, como es el caso de las necrópo-

⁹ Posteriormente se han multiplicado los trabajos sobre los des poblados, tanto por parte de Cabrillana, como por parte de otros historiadores y arqueólogos (G. Martínez Díez, J. R. Díaz de Durana, P. Martínez Sopena, C. Reglero, H. Larren, M. Urteaga, R. Bohigas, J. Campillo, etcétera).

lis, las iglesias y, en el caso de estructuras domésticas, los silos y estructuras mayores. El hallazgo de viviendas realizadas en materiales perecederos parece que es un logro muy reciente en la arqueología de época histórica peninsular (Azkárate y Quirós Castillo, 2001).

2. EL CONDICIONAMIENTO DE LAS TEMÁTICAS HISTORIOGRÁFICAS

Con todo, durante los años ochenta e inicios de los noventa se llevaron a cabo varias intervenciones arqueológicas en despoblados medievales, aunque solamente en algunos de ellos se realizaron excavaciones de cierta entidad, como en el caso de Fuenteungrillo (Valladolid), Apardues, Ascoz o Puyo (Navarra), Dehesa del Cañal (Salamanca), etcétera.

Una característica común que se puede reconocer en todas estas intervenciones es la notable influencia que han tenido en su análisis las problemáticas, los conceptos y las expectativas creadas desde la historiografía basada en la documentación escrita.

Así, por ejemplo, en el caso de Fuenteungrillo, la intervención ha tenido como objetivo inicial analizar el impacto de la crisis del siglo XIV en la red de poblamiento (Valdeón, 1982). No se han analizado, en cambio, las fases más antiguas del yacimiento, en el que se han localizado un conjunto de silos y una serie de depósitos cenicientos fechados en los siglos VIII a IX.¹⁰ Teniendo en cuenta el registro material de otras aldeas altomedievales, no cabe duda que nos encontramos en presencia de una aldea altomedieval (fig. 3), profundamente modificada en el siglo XII por la construcción de un castillo y de un recinto fortificado (Reglero y Sáez, 2001).

El estudio de los despoblados del valle de Urraul Bajo (Navarra) realizado por C. Jusué es probablemente el único trabajo en el que se ha abordado sistemáticamente el análisis de un conjunto homogéneo de aldeas en el cuadrante noroccidental peninsular. Para ello se ha ele-

gido un conjunto de despoblados, algunos de los cuales como el de Apardues, aparecen en la documentación desde el siglo X. Pero la interpretación de los yacimientos se ha realizado desde la documentación escrita y desde las problemáticas propias de la documentación escrita (auge demográfico en torno al año 1000, proceso de concentración de población proveniente de las cuencas prepirenaicas, etcétera; Jusué, 1988: 369-370). De esta manera se explica la contradicción existente entre el registro material hallado (aldeas pleno y bajo-medievales) respecto a los procesos que pretende historiar (poblamiento altomedieval), así como el paradigma explicativo utilizado.¹¹

En este contexto resulta evidente que no es preciso recurrir a categorías de análisis propiamente arqueológicas, ya que el registro material ilustra, complementa y se integra en el debate historiográfico. La arqueología de las «comunidades de aldea» realizada por F. Reyes a partir de yacimientos como el de la iglesia de Valdezate (Reyes, 1991) puede situarse en esta misma óptica.

Debemos plantearnos nuevamente si se debe aspirar a integrar yuxtaponer los dos registros informativos, el escrito y el material, o si en cambio se debe mantener su autonomía (Barceló, 1988: 11). Indudablemente, no estamos únicamente en presencia de un problema de orden metodológico, sino sobre todo de carácter teórico: ¿podemos plantear una agenda de investigación común trabajando con los dos registros?, ¿qué cuestionario de trabajo plantearemos en función de nuestro enfoque teórico y el registro que utilizaremos? Resulta evidente, a la luz de las investigaciones más recientes, que la creación de registros arqueológicos de calidad precisa que mantengamos esta autonomía y analicemos los escasos documentos altomedievales a la luz de las problemáticas arqueológicas (Francovich y Wickham, 2005).

¹⁰ Fecha calibrada 800-900 d. de C. (55,6 % de probabilidad), correspondiente a 1165±30 (Reglero de la Fuente, 1993: 34). Agradecemos a Carlos Reglero de la Fuente las informaciones suministradas.

¹¹ De hecho, tanto los materiales cerámicos como las técnicas de construcción y la estructura urbanística corresponden a aldeas que en ningún caso se pueden llevar antes del siglo XII. Es cierto que algunos de los despoblados están documentados con anterioridad, pero también es cierto que no se han hallado las fases de ocupación más antiguas.

3. EL RECURSO A LA ARQUEOLOGÍA DE SUPERFICIE O ESPACIAL

En un interesante artículo publicado hace unos años, A. De Guio (1985) planteaba cómo una «arqueología de superficie» carente de un sólido aparato teórico y metodológico podía convertirse en una «arqueología superficial». Esta metáfora bien podría aplicarse a los estudios que, de forma predominante, se han realizado sobre el espacio rural altomedieval en nuestro territorio.

La naturaleza de las ocupaciones rurales de la época medieval obliga a utilizar unos determinados protocolos de intervención, en ausencia de los cuales resulta prácticamente imposible reconocer los yacimientos de este periodo. Dicho de otra manera, hay una forma correcta y adecuada de excavar los asentamientos campesinos y de estudiar sus espacios rurales (Quirós Castillo y Vigil-Escalera, 2007).

Si no logramos excavar grandes superficies en extensión, nunca lograremos determinar, por ejemplo, la existencia de asentamientos dispersos en la Alta Edad Media. Así, por ejemplo, en la Armuña (Salamanca) se ha llevado a cabo un programa de prospecciones intensivas en las que se ha reconocido la existencia de estructuras domésticas fechadas en época visigoda (Ariño y Rodríguez, 1997). La naturaleza de los hallazgos, distanciados entre sí y ubicados en proximidad de la villa de La Guadaña, ha permitido interpretar estos materiales como resultado de un poblamiento disperso (Wickham, 2005: 491).

Cuando, en cambio, se excavan grandes extensiones, se observa la existencia de amplios espacios vacíos dispuestos entre las estructuras de habitación formando parte de una estructura aldeana estable, como por ejemplo en los casos de Gózquez o de Zornoztegi (figs. 4, 5). De la misma manera, en las excavaciones realizadas en grandes extensiones es posible identificar en algunas ocasiones la presencia de granjas aisladas y dotadas de necrópolis, como en el caso de Madrid a mediados del siglo VIII tras el abandono de las aldeas (Vigil-Escalera, 2006b), o Álava en la fase previa a la formación de las aldeas (Quirós Castillo y Vigil-Escalera, 2007). Estos ejemplos, hasta el momento excepcionales, representan

los pocos indicios que tenemos de la existencia de poblados dispersos.

Precisamente cuando ha sido posible pasar de la arqueología espacial o de la reelaboración de datos viejos de prospección, es cuando ha surgido la necesidad de establecer un concepto arqueológico de *aldea* y replantearse desde una óptica muy diferente las formas de ocupación y explotación del espacio en la Alta Edad Media.

4. EL PAPEL DE LA ARQUEOLOGÍA DE GESTIÓN

Por último, hay que señalar que, en términos cualitativos, el reconocimiento y el estudio sistemático de las aldeas altomedievales a partir de finales de los años noventa ha sido posible gracias al papel desempeñado por la arqueología de gestión. Es cierto que esta práctica arqueológica ha sido frecuentemente denostada por numerosos investigadores y miembros de la academia, debido a su baja rentabilidad científica y a sus altos costes sociales y económicos.

Pero también es cierto que gracias a las intervenciones realizadas con ocasión de grandes obras públicas y de urbanización de amplias extensiones ha sido posible, por primera vez, aplicar las estrategias de intervención que en otros lugares de Europa se habían demostrado como más eficaces. No es casual, de hecho, que allí donde las destrucciones han sido más intensas (como por ejemplo en Madrid o en Île-de-France), los hallazgos son más numerosos y más significativos. Autopistas, trazados ferroviarios, centros comerciales, aeropuertos, gaseoductos... son los laboratorios en los que hoy en día es posible incidir con estrategias extensivas de excavación y que proporcionan resultados adecuados para evaluar el «poblamiento invisible» altomedieval. Los yacimientos de A Pousada, Cidade da Cultura (Santiago de Compostela), Gózquez, El Pelicano, Congosto, El Soto, La Indiana (Madrid), Cárcava de la Peladera, La Mata del Palomar (Segovia), Las Escorralizas-Camino de Quiñones, La Huesa (Zamora), Ladera de los Prados, Navamboal (Valladolid), etcétera, son los más representativos.

A ellos se han sumado nuevos yacimientos resultados de investigaciones dirigidas (Zornozategi, Aistra), pero quizá la conclusión más importante que se puede obtener de estas reflexiones es que hay que trabajar con las empresas y los profesionales implicados en la arqueología de gestión si queremos evitar las intervenciones en estas aldeas altomedievales queden inéditas y relegadas al olvido (fig. 6).

Este paso ya se ha dado en el caso de las aldeas de época visigoda de Madrid (Vigil-Escalera, 2006a), de tal manera que la sistematización de este registro está obligando a revisar aspectos básicos de la sociedad de los siglos VI y VII en este sector peninsular. Pero en los próximos años será preciso trabajar en otros sectores peninsulares.

DISCUSIÓN: PARA UNA ARQUEOLOGÍA DE LAS ALDEAS ALTOMEDIEVALES

Para concluir estas breves notas, se ha querido proponer una serie de consideraciones generales para el debate sobre las transformaciones de los paisajes altomedievales en el cuadrante noroccidental de la península ibérica. Aun a riesgo de ser excesivamente esquemáticos, puesto que todavía contamos con registros parciales y limitados a algunos sectores, hay una serie de evidencias que parecen tener un carácter general.

1. En primer lugar, hay que señalar que los registros materiales de los que disponemos hasta la actualidad en varios sectores del cuadrante noroccidental de la península muestran la existencia de un paisaje dominado por aldeas estables a partir del siglo V (Madrid, Castilla y León) o del VII-VIII (Galicia, Álava). En realidad, nuestro muestreo es aún parcial, y, aunque en términos materiales son yacimientos muy similares, debemos evitar en esta fase inicial de estudio la homologación y la uniformización

Con esto no se quiere negar la existencia de «asentamientos dispersos» e inestables, aunque indudablemente su significado es

anecdótico en los sectores peninsulares estudiados. La dispersión, en cuanto inaprensibilidad de las formas de poblamiento, y la inestabilidad, en cuanto ausencia de una ordenación del espacio, no parece que puedan aplicarse a nuestro territorio. Por otro lado, se trata de un fenómeno que podemos extender prácticamente a todo el Mediterráneo y Europa occidental en la Alta Edad Media (Wickham, 2005: 515). De hecho, la aceptación generalizada de patrones de poblamiento inestable y disperso es más bien el resultado de la ausencia de una conceptualización de las formas de explotación del espacio y de las aldeas que de una documentación arqueológica que dé soporte a esta dispersión.

2. Sabemos, por otro lado, que las aldeas altomedievales de varios sectores peninsulares no se parecen a las aldeas plenomedievales, y es bastante posible que también se diferencien bastante de las aldeas de época romana (los *vici*).¹² En términos urbanísticos y formales, una aldea altomedieval de nuestro territorio es menos compacta y está conformada por una agrupación de unidades domésticas. Cada una de estas unidades domésticas incluye viviendas, construcciones de servicio, áreas de almacenaje, etcétera,¹³ pero no se reconocen espacios comunes. Se trata de un modelo que cuenta con numerosos paralelos en toda Europa y que mostraría la existencia de una identidad aldeana menos coherente y más flexible (Wickham, 2005: 516), aunque no por ello debemos cuestionar el carácter aldeano del lugar. De hecho, los análisis

¹² El desconocimiento que tenemos de este tipo de estructuras, salvo algunas excepciones (como los castros del noroeste peninsulares), es muy notable. De hecho, la categoría aldeana raramente forma parte del repertorio de los arqueólogos dedicados al análisis del mundo rural en época romana.

¹³ Este modelo urbanístico, documentado arqueológicamente en Álava, Castilla y León y Madrid, se puede reconocer asimismo en la documentación medieval. Así, por ejemplo, en Tierra de Campos o en los montes de Torozo se conocen estructuras urbanísticas similares para el siglo X (Martínez Sopena, 1985: 107-108; Reglero de la Fuente, 1993: 374).

bioarqueológicos nos muestran la existencia de una estructura económica agraria compleja basada en el cultivo del cereal y en una agricultura especializada siguiendo patrones similares a los que se reconocen en las aldeas más tardías (Vigil-Escalera, 2003). Asimismo, la existencia de actividades artesanales radicadas en estas aldeas es otro elemento que caracteriza su organización social y económica interna.

Pensamos que en un momento situado entre los siglos XI y XII se produjo en nuestro territorio una reestructuración en la estructura urbanística de las aldeas. La construcción de iglesias, la compactación y la reordenación de los espacios productivos en el marco del desarrollo de nuevas formas de dominio señorial modificaron la estructura interna y externa de las aldeas. Pero este proceso de compactación o de reordenación, que no siempre implica una «concentración», no puede interpretarse en términos de *naissance du village*.

Tampoco podemos desplazar sin más el «modelo» interpretativo del año 1000 a algunos siglos atrás. Indudablemente una Alta Edad Media presidida por aldeas es un periodo que responde a estructuras y modelos sociales mucho más complejos de los que dejan ver los episódicos y raros documentos escritos conservados. De hecho, algunos autores han empezado a preguntarse sobre la pertinencia o la oportunidad de seguir construyendo interpretaciones sobre este tipo de registros (Francovich y Hodges, 2003).

3. En todo caso, las características sociales y económicas de estas aldeas plantean problemas interpretativos complejos, especialmente en lo que se refiere a sus procesos formativos y la ordenación social del espacio. Sobre estos aspectos existe un importante debate, aún no del todo cerrado, a nivel europeo en torno a algunas temáticas principales:

¿qué peso han podido tener los poderes en la creación y la ordenación de estas aldeas? o ¿hasta qué punto se trata de fundaciones resultado de iniciativas «autónomas» del campesinado? (por ejemplo, Valenti, 2004), ¿hasta qué punto podemos reconocer la estructura social altomedieval y la geografía de los poderes a partir del análisis del poblamiento rural?

Nuestra tesis, expuesta brevemente ya en otra sede y formulada con A. Vigil-Escalera (Quirós Castillo y Vigil-Escalera, 2007), parte de la interpretación de las redes de aldeas como resultado del fruto de un proceso de territorialización y organización social y política del espacio a nivel macroespacial. La creación de redes de aldeas comportaría la implantación de un modelo de explotación del territorio absolutamente imbricado en una determinada geografía social, de tal manera que en el origen de las aldeas altomedievales del norte peninsular había que reconocer la instauración de un poder efectivo sobre un determinado territorio. Creemos, por lo tanto, que el registro material viene a demostrar que la constitución en un determinado momento de la red de aldeas hay que leerla en términos de la afirmación de poderes, no tanto de ámbito local como subregional, con frecuencia vinculados a poderes centrales. La iniciativa de las élites debe haber jugado, por lo tanto, un papel decisivo en la ordenación del espacio, en la creación de los mapas mentales que se encuentran tras la ordenación del territorio en aldeas y en la adopción de determinadas opciones o estrategias productivas, tal y como empiezan a mostrar los registros bioarqueológicos.

De esta manera, a través de la arqueología de las aldeas esperamos realizar, en los próximos años, una arqueología del poder que no se base únicamente en la imagen de estos poderes reflejados sobre los conjuntos

monumentales de la Alta Edad Media (Barceló, 1988: 202). Explicar qué es la aristocracia en la Alta Edad Media y cómo articula sus estrategias en el cuadrante noroccidental peninsular es uno de los objetivos de estas investigaciones. Y para ello es necesario trabajar allí donde las aristocracias no están físicamente, pero donde su presencia se hace latente.

4. Otro aspecto fundamental que hay que tener en cuenta es que la arqueología de las aldeas altomedievales solamente se ha demostrado efectiva y posible cuando se han aplicado determinados protocolos de intervención. Resulta evidente que las lecturas tan discordantes que se han realizado en los últimos años del registro material han sido posibles, en buena medida, debido a la calidad de las intervenciones realizadas y a la carencia de herramientas conceptuales de análisis de los hallazgos arqueológicos.

Hoy en día resulta evidente que únicamente las excavaciones en amplias extensiones proporcionan resultados cualitativamente válidos (Hamerow, 2003: 9-11). Asimismo, la realización de estudios bioarqueológicos destinados a reconocer las lógicas sociales de ocupación y explotación del territorio no son una opción, sino una obligación. Desde este punto de vista, la arqueología prehistórica es una escuela de la que hay mucho que aprender. Otro aspecto importante que hay que tener en cuenta es que la mayor parte de las intervenciones recientes realizadas en aldeas altomedievales han sido hechas por empresas arqueológicas en contextos de gestión patrimonial. Ello debería obligarnos a los universitarios a hacer una reflexión muy seria sobre cuáles son las prioridades de investigación seguidas hasta el momento (Azkárte y Quirós Castillo, 2001) y sobre la necesidad de dignificar la profesión. En todo caso, tal y como se ha señalado, únicamente la cola-

boración estrecha entre los universitarios y las empresas de arqueología podrá explotar toda la potencialidad histórica de estos yacimientos.

5. Por último, hay que señalar que es importante ser muy conscientes de las limitaciones cualitativas y cuantitativas que presenta en la actualidad la arqueología de las aldeas. Como hemos señalado, aún contamos con un muestreo a todas luces insuficiente para caracterizar con exhaustividad un territorio tan amplio como es el cuadrante noroccidental peninsular, salvo en el caso de Madrid. Teniendo en cuenta la notable variabilidad y heterogeneidad que caracteriza las sociedades altomedievales, nuestro esfuerzo deberá multiplicarse en los próximos años aumentando el número de intervenciones programadas, especialmente en los despoblados.

Por otro lado, la propia naturaleza de los depósitos conservados, formados esencialmente por cabañas, fondos de cabaña, silos y numerosos hoyos de distinta funcionalidad, y la caracterización socioeconómica de estas aldeas nos están obligando a realizar un importante esfuerzo interpretativo para comprender su significado y funcionamiento. Los silos que aparecen con tanta frecuencia en los yacimientos ¿responden a una lógica de almacenaje del cereal a largo plazo, y por lo tanto a estrategias de preservación ante malas cosechas (Sigaut, 1978), o, en cambio, su uso es más frecuente y representativo de otras formas de gestión de las explotaciones agrarias? La complejidad de las cabañas ganaderas que se documentan en estos yacimientos ¿permite pensar en la existencia de un régimen de *openfield* bien desarrollado y en una integración compleja entre las actividades agrícolas y ganaderas?

Otra temática que habrá que estudiar en los próximos años es la relación existente entre las iglesias altomedievales y las aldeas.

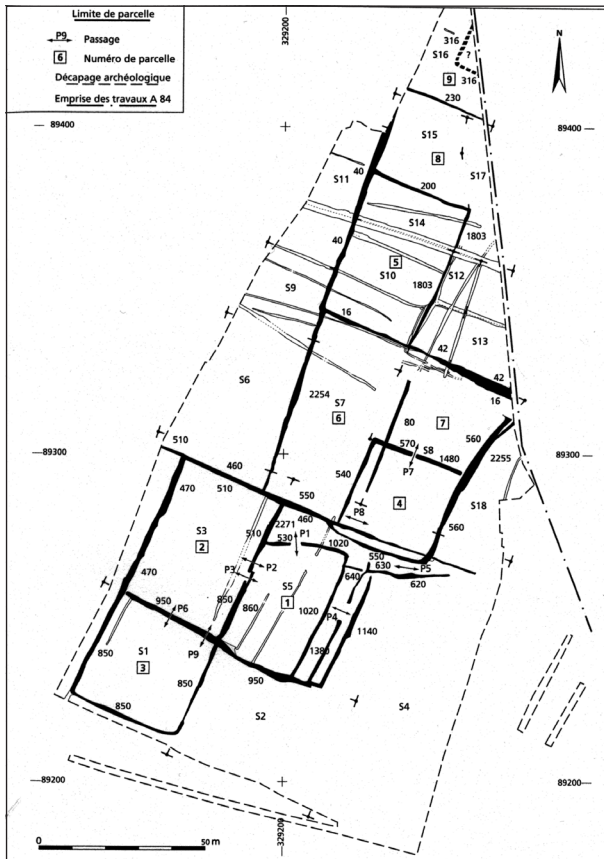
Frente a las propuestas que enfatizan el papel de los «monasterios colonizadores» y de las iglesias en la organización del territorio, las pocas excavaciones de iglesias altomedievales realizadas con un cierto rigor nos muestran con frecuencia cómo las iglesias castellanas se implantan a partir del siglo VIII o IX sobre aldeas ya existentes. Las presuras documentadas en Castilla y León desde el IX serían, por lo tanto, un fenómeno de integración social y política de una red de aldeas ya establecidas con anterioridad.

BIBLIOGRAFÍA

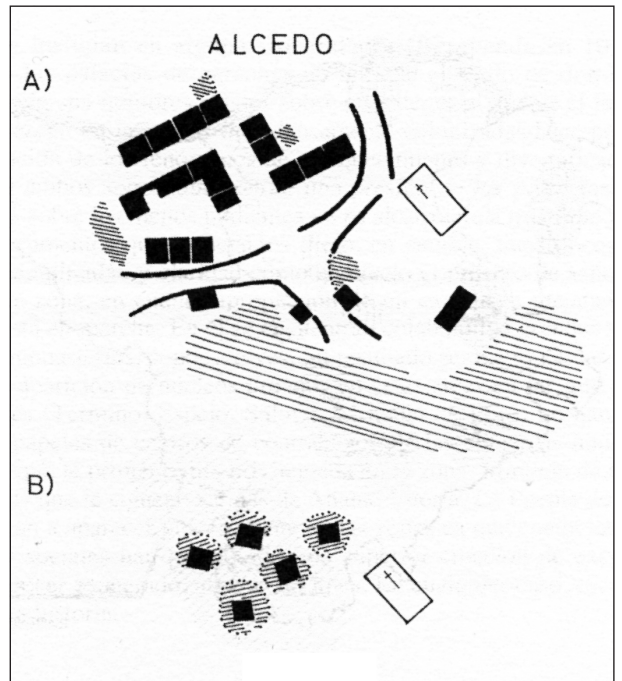
- ARIÑO GIL, E., y J. RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ (1997): «El poblamiento romano y visigodo en el territorio de Salamanca. Datos de una prospección intensiva», *Zephyrus* núm. 50, 225-245.
- AZKÁRATE GARAI-OLAUN, A., y J. A. QUIRÓS CASTILLO (2001): «Arquitectura doméstica altomedieval en la península ibérica. Reflexiones a partir de las excavaciones arqueológicas de la catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz», *Archeologia Medievale*, XXVII, 25-60.
- BARBERO A., y M. VIGIL (1978): *La formación del feudalismo en la península ibérica*, Barcelona.
- BARCELÓ, M., y OTROS (1988): *Arqueología medieval. En las afueras del «medievalismo»*, Barcelona.
- BARRIOS GARCÍA, A., e I. MARTÍN VISO (2000-2001): «Reflexiones sobre el poblamiento rural altomedieval en el norte de la península ibérica», *Studia Historica. Historia Medieval*, 18-19, 53-83.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. (2001): «La cultura material en torno al milenio. Reinos cristianos», en *Actas del V Congreso de Arqueología Medieval Española*, Valladolid, vol. 2, pp. 515-546.
- BONNASSIE, P. (1983): *Vocabulario básico de la historia medieval*, Barcelona.
- BROGIOLO, G. P., A. CHAVARRÍA y M. VALENTI (eds.) (2005): *Dopo la fine delle ville: le campagne dal VI al IX secolo*, Mantua.
- CABRERA, E. (1999): «Población y poblamiento, historia agraria, sociedad rural», en *La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, pp. 659-745.
- CABRILLANA, N. (1965): «Villages désertés en Espagne», en *Villages désertés et histoire économique, XI-XVIII siècle*, París, pp. 461-512.
- CASA MARTÍNEZ, C. de la (1992): *Las necrópolis medievales en la provincia de Soria*, Valladolid.
- CASTELLANOS, S., e I. M. VISO (2005): «The local articulation of central power in the north of the Iberian Peninsula (500-1000)», *Early Medieval Europe*, 13 (1), 1-42.
- CASTILLO, A. del (1972): *Excavaciones altomedievales en las provincias de Soria, Logroño y Burgos*, Excavaciones Arqueológicas en España 74, Madrid.
- CHAPELOT, J., y R. FOSSIER (1980): *Le village et la maison au Moyen Âge*, París.
- CHAVARRÍA ARNAU, A. (2005): «Dopo la fine delle ville: le campagne ispaniche in epoca visigotica (VI-VIII secolo)», en G. P. BROGIOLO, A. CHAVARRÍA y M. VALENTI (eds.): *Dopo la fine delle ville: le campagne dal VI al IX secolo*, Mantua, pp. 263-285.
- COLARDELLE, M., y E. VERDEL (1993): *Les habitats du lac de Paladru (Isère) dans leur environnement: la formation d'un terroir au XI siècle*, París.
- CUESTA RODRIGO, M. I. (2006): «Estudios actuales sobre el análisis espacial de la Edad Media en Francia: historiografía y metodología», *Territorio, Sociedad y Poder*, 1, 15-34.
- DEMOLON, P. (1972): *Le village mérovingien de Brebières (VI-VII siècles)*, Arras.
- DONAT, P. (1980): *Haus, Hof und Dorf in Mitteleuropa vom 7. bis 12. Jahrhundert. Archaeologische Beiträge zur Entwicklung und Struktur der bauerlichen Siedlung*, Berlín.
- ESCALONA MONGE, J. (2002): *Sociedad y territorio en la Alta Edad Media castellana. La formación del alfoz de Lara*, Oxford.
- ESTEPA, C. (1986): *El nacimiento de Castilla y León (siglos VIII al X)*. *Historia de Castilla y León*, 3, Valladolid.
- (1998): «Comunidades de aldea y formación del feudalismo. Revisión de la cuestión y perspectivas», en M. J. Hidalgo, D. Pérez, M. J. R.

- Gervás: «Romanización» y «Reconquista» en la península ibérica. *Nuevas perspectivas*, Salamanca, pp. 271-282.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*, Oviedo.
- FOSSIER, R. (1984): *La infancia de Europa. Aspectos económicos y sociales*, Barcelona, 2 vols.
- (1985): *Historia del campesinado en el Occidente medieval*, Barcelona.
- (1996): *La sociedad medieval*, Barcelona (ed. orig. París, 1991).
- FRANCOVICH, R., y M. A. GINATEMPO (2000): *Castelli medievali. Storia e archeologia del potere nella Toscana medievale*, Florencia.
- y R. HODGES (2003): *Villa to village. The transformation of the Roman Countryside in Italy, c. 400-1000*, Londres.
- y C. WICKHAM (2005): «Conclusioni», en G. P. Brogiolo, A. Chavarria, M. Valenti (eds.): *Dopo la fine delle ville: le campagne dal VI al IX secolo*, Mantua, pp. 349-358.
- y M. MILANESE (1990): *Lo scavo archeologico di Montarrenti e i problemi dell'incastellamento medievale. Esperienze a confronto*, Florencia.
- GARCÍA CAMINO, I. (2002): *Arqueología y poblamiento en Bizkaia, siglos VI-XII. La configuración de la sociedad feudal*, Bilbao.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. (1969): *El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X al XIII)*, Salamanca.
- (1975): «La economía rural medieval: Un esquema de análisis histórico de base regional», en *Actas de las Primeras Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas. II: Historia Medieval*, Santiago de Compostela, pp. 31-60.
- (1985): *Organización social del espacio en la España medieval. La Corona de Castilla en los siglos VIII a XV*, Barcelona (en especial «Del Cantábrico al Duero», pp. 43-83).
- (1988): *La sociedad rural en la España medieval*, Madrid.
- (1995): «Sociedad rural y organización del espacio en la Castilla del año mil», en E. Mornet: *Campagnes médiévales: l'homme et son espace. Études offertes à Robert Fossier*, París, pp. 613-625.
- (1999): «Poblamiento y modelos de sociedad en la transición de la Antigüedad al feudalismo entre el Cantábrico y el Duero», *Sautuola*, VI, 501-511.
- GARCÍA DE CORTÁZAR J. A., 1995, «Las formas de organización social del espacio del valle del Duero en la Alta Edad Media: de la espontaneidad al control feudal», en *Despoblación y colonización del Valle del Duero, siglos VIII-XX, IV Congreso de Estudios Medievales*, León, pp. 13-44
- y P. Martínez Sopena (2003): «Los estudios sobre historia rural de la sociedad hispanocristiana», *Historia Agraria*, 31, 57-83.
- GELICHI, S. (2005): *Campagne medievali. Strutture materiali, economia e società nell'insediamento rurale dell'Italia settentrionale (VIII-X secolo)*, Mantua.
- GUADAGNIN, R. (1988): *Un village au temps de Charlemagne. Moines et paysans de l'abbaye de Saint-Denis du VII^e siècle à l'an mil*, París.
- GUIO, A. de (1985): «Archeologia di superficie e archeologia superficiale», *Quaderni di Archeologia del Veneto*, I, 176-184.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1995): *Fortificaciones y feudalismo en el origen de la formación del reino leonés (siglos IX-XII)*, Valladolid.
- (2000): «La Alta Edad asturleonés y castellana. Aportaciones de la arqueología», *Historiar*, 6, 86-103.
- (2006): «Sobre la transición del sistema antiguo al feudal: una revisión arqueológica del Altomedievo hispano», *Territorio, Sociedad y Poder*, I, 53-78.
- HAMEROW, H. (2003): *Early Medieval Settlements. The archaeology of rural communities in North-West Europe, 400-900*, Oxford.
- JUSUÉ SIMONENA, C. (1988): *Poblamiento rural de Navarra en la Edad Media. Bases arqueológicas. Valle de Urraul Bajo*, Pamplona.
- LALIENA CORBERA, C. (2002): «Las transformaciones en la estructura del poblamiento y el cambio social en los siglos XI y XII», en *Señores, Siervos, vasallos en la Alta Edad Media*, Pamplona, pp. 219-267.
- LARREA, J. J. (1998): *La Navarre du IV^e au XI^e siècle: peuplement et société*, París.
- (2003-2004): «Aldeas navarras y aldeas del Duero: notas para una perspectiva comparada», *Edad Media. Revista de Historia*, 6, 159-181.
- LEWIS, C., P. MITCHELL-FOX y C. DYER (1997): *Village, hamlet and field: changing medieval settlements in central England*, Bollington.
- LIZOAIN, J. M. (1991): «Del Cantábrico al Duero, siglos VIII-X: propuestas historiográficas», en *Burgos en la Alta Edad Media. Segundas Jornadas Burgalesas de Historia Medieval*, Burgos, pp. 653-714.
- LÓPEZ QUIROGA, J. (2004): *El final de la Antigüedad en la Gallaecia. La transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos V al X)*, Santiago de Compostela.
- LORREN, C. (2006): «Quelques observations sur l'habitat rural en Gaule du nord aux V^e et VI^e siècles», en J. López Quiroga, A. M. Martínez Tejera y J. Morín (eds.): *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss. V-VII). Balance y perspectivas*, Oxford, pp. 9-18.
- MARTÍN VISO, I. (2000): *Poblamiento y estructuras sociales en el norte de la península ibérica: (siglos VI-XIII)*, Salamanca.
- (2001): «Riflessioni sull'incastellamento nella penisola iberica: la Castiglia dell'Ebro e la Transierra di Madrid», *Archeologia Medievale*, XXVIII, 83-110.
- MARTÍNEZ SOPENA, P. (1985): *La Tierra de Campos occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XIII*, Valladolid.
- MÍNGUEZ, J. M. (1980): *El dominio del monasterio de Sabagún en el siglo XX*, Salamanca.
- NUÑO GONZÁLEZ, J. (1997-1998): «¿Un asentamiento altomedieval en el "desierto" del Duero?», *Numantia*, 8, 137-194.
- PADILLA LAPUENTE, J. I. (2003): *Yacimiento arqueológico de Cuyacabras, despoblado, iglesia y necrópolis. Eremitorio de Cueva Andrés. Quintanar de la Sierra (Burgos)*, Barcelona.
- PALLARES MÉNDEZ, M. C., y E. PORTELA SILVA (1975): «Aproximación al estudio de las explotaciones agrarias en Galicia en los siglos IX-XII», en *Actas de las Primeras Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas. II: Historia Medieval*, Santiago de Compostela, pp. 95-113.
- y E. PORTELA (1995-1996): «De la villa del siglo IX a la aldea del siglo XIII. Espacio agrario y feudalización en Galicia», *Asturiensia Medievalia*, 8, 47-69.
- PASTOR DÍAZ DE GARAYO, E. (1991): «Estructura del poblamiento en la Castilla condal. Consideraciones teóricas», en *Segundas Jornadas Burgalesas de Historia. Burgos en la Alta Edad Media*, Burgos, pp. 635-651.
- (1996): *Castilla en el tránsito de la Antigüedad al feudalismo. Poblamiento, poder político y estructura social del Arlanza al Duero (siglos VII-XI)*, Valladolid.
- PEÑA BOCOS, E. (1995): *La atribución social de espacio en la Castilla altomedieval. Una nueva aproximación al feudalismo peninsular*, Santander.
- PEÑA PÉREZ, J. F. (2001): «Las comunidades de aldea en la Alta Edad Media. Precisiones terminológicas y conceptuales», en I. Álvarez Borge: *Comunidades*

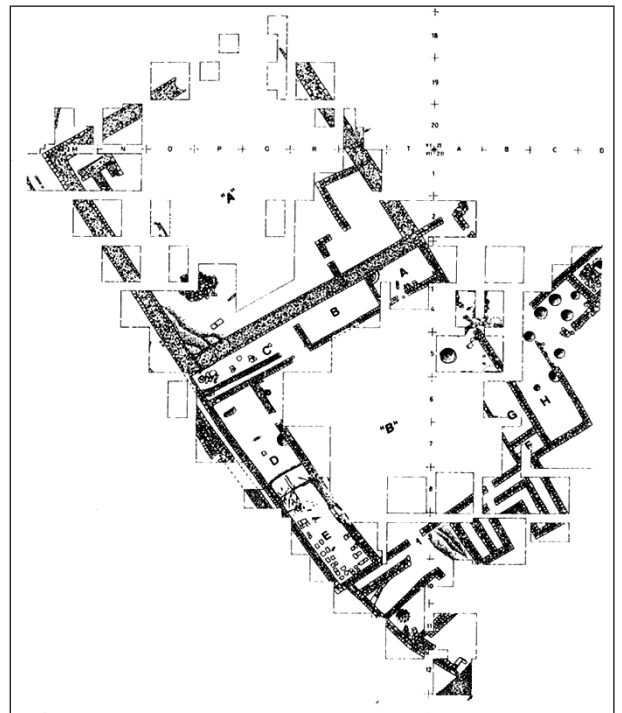
- locales y poderes feudales en la Edad Media, Logroño, pp. 333-358.
- PÉRIN, P. (2004): «The origin of the village in Early Medieval Gaul», en N. Christie (ed.): *Landscape of change. Rural evolutions in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Ashgate, pp. 255-278.
- PEYTRMANN, E. (2003): *Archéologie de l'habitat rural dans le nord de la France du IV^e au XII^e siècle*, Saint-Germain-en-Laye.
- PORTELA SILVA, E., y M. C. PALLARES MÉNDEZ (1992): «De la villa altomedieval a la fortaleza del siglo XV. Fuentes escritas y arqueológicas en Galicia», en *Coloquio Hispano-Italiano de Arqueología Medieval*, Granada, pp. 215-226.
- QUIRÓS CASTILLO, J. A. (2006): «La génesis del paisaje medieval en Álava: la formación de la red aldeana», *Arqueología y Territorio Medieval*, 13 (1), 49-94.
- y B. BENGOTXEA REMENTERIA (2006): *Arqueología postclásica*, Madrid: UNED.
- F. J. SANZ y A. VIGIL-ESCALERA (2006): *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania. Los poblados campesinos de los siglos VI-VIII de Madrid y de la Meseta*, Oxford: BAR Internacional Series, en prensa.
- y A. VIGIL-ESCALERA (2007): «Networks of peasant villages between Toledo and Velegia Alabense, northwestern Spain (V-Xth centuries)», *Archeologia Medievale* (Florenca), xxxiii, pp. 79-128.
- RAYNAUD, C. (2003): «De l'archéologie à la géographie historique: le système de peuplement de l'Âge du Fer au Moyen Âge en France méditerranéenne», en *Peuples et territoires en Gaule méditerranéenne*, París, pp. 323-354.
- REGLERO DE LA FUENTE, C. M. (1993): *Espacio y poder en la Castilla medieval. Los montes de Torozo (siglos X-XIV)*, Valladolid.
- e I. SÁEZ SÁIZ (2001): «El despoblado medieval de Fuenteungrillo (Valladolid): análisis de las estructuras del castillo», en *Actas del Cuarto Congreso de Arqueología Medieval Española*, vol. 1, Valladolid, pp. 77-83.
- REYES TÉLLEZ, F. (1991): «Arqueología y cultura material de Burgos en la Alta Edad Media», en *Burgos en la Alta Edad Media*, Burgos, pp. 77-123.
- REYNOLDS A. (1999): *Later Anglo-Saxon England. Life and landscape*, Stroud.
- (2005): «Review article: on farmers, traders and kings: archaeological reflections of social complexity in early medieval north-western Europe», *Early Medieval Europe*, 13 (1), 97-118.
- RIPOLL LÓPEZ, G. (1989): «Características generales del poblamiento y la arqueología funeraria visigoda de Hispania», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie 1, 389-418.
- RIU, M. (1982): *Necrópolis i sepultures medievals de Catalunya*, Barcelona.
- (1995): «Testimonios arqueológicos sobre poblamiento del valle del Duero», en *Despoblación y colonización del valle del Duero, siglos VIII-XX. Cuarto Congreso de Estudios Medievales*, León, pp. 83-102.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1966): *Despoblación y repoblación del valle del Duero*, Buenos Aires.
- SIGAUT, F. (1978): *Les réserves de grains à long terme: techniques de conservation*, París.
- STORCH DE GRACIA Y ASENSIO, J. J. (1990): «Avance de las primeras actividades arqueológicas en los hispanogodos de la Dehesa del Cañal (Pelayos, Salamanca)», *Arqueología, Paleontología y etnografía*, 4, 143-160.
- STRATO (1999): *Excavación arqueológica en el yacimiento de la Cárcava de la Peladera, Hontoria (Segovia), afectado por las obras de circunvalación de Segovia N-110 a la CL-601 de Plasencia del PK 188,00 al PK 196,20 y ramal a la CL-601 del PK 0,00 al PK 3,00*, informe inédito, Valladolid.
- (2003): *Excavación arqueológica en área en el yacimiento de Ladera de los Prados, en Aguasal (Valladolid). Integrada en las actuaciones arqueológicas de la obra nuevo acceso ferroviario al norte y noroeste de España. Tramo: Segovia-Valladolid, Subtramo IV. Sección 2.ª: Ciruelos de Coca-Olmedo (provincias de Segovia y Valladolid)*, informe inédito, Valladolid.
- (2004a): *Excavación de sondeos arqueológicos en los yacimientos de Las Almenas, Las Cotarrillas y Navambool. Integrada en las obras de construcción de la variante de Íscar y acondicionamiento de la travesía C-112 de Riaza a Toro por Cuéllar y Medina del Campo*, informe inédito, Valladolid.
- (2004b): *Actuaciones arqueológicas en los yacimientos de Las Almenas, Las Cotarrillas, Navambool y Prado Esteban de la variante de Íscar y acondicionamiento de la travesía de la C-112 de Riaza a Toro por Cuéllar y Medina del Campo (Valladolid)*, informe inédito, Valladolid.
- TOUBERT, P. (1973): *Les structures du Latium médiéval. Le latium méridional et la Sabine du IX^e siècle à la fin du XII^e siècle*, Roma: Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, 221.
- VALDEÓN BARUQUE, J. (1982): «Un despoblado castellano del siglo XIV: Fuenteungrillo», *En la España Medieval*, 3, 705-716.
- VALENTI, M. (2004): *L'insediamento altomedievale nelle campagne toscane. Paesaggi, popolamento e villaggi tra VI e X secolo*, Florenca.
- VIGIL-ESCALERA, A. (2000): «Cabañas de época visigoda: evidencias arqueológicas del sur de Madrid. Tipología, elementos de datación y discusión», *Archivo Español de Arqueología*, 73, 245-274.
- (2003): «Los poblados de época visigoda del sur de Madrid: algunos aspectos económicos y sociales», en *I Congreso del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid Jiménez de Gregorio*, Alcorcón, pp. 51-68.
- (2006a): «El modelo de poblamiento rural en la meseta y algunas cuestiones de visibilidad arqueológica», en J. López Quiroga, A. M. Martínez Tejera y J. Morín (eds.): *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss. V-VII). Balance y perspectivas*, Oxford, pp. 89-108.
- (2006b): *Granjas y aldeas altomedievales de la meseta. Configuración espacial, socioeconómica y política de un territorio rural al norte de Toledo (ss. V-X d. C.)*, trabajo de investigación doctoral inédito, Universidad del País Vasco.
- WATTEAUX, M. (2003): «À propos de la "naissance du village au Moyen Âge". La fin d'un paradigme?», *Études rurales*, 167-168, 307-318.
- WICKHAM, C. (2005): *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford.
- ZADORA-RIO, E. (2003): «L'habitat rural au Moyen Âge», *Les Nouvelles de l'Archéologie*, 92, 2.º trimestre, 5-34.
- (1995): «Le village des historiens et le village des archéologues», en E. Mornet (dir): *Campagnes médiévales. L'homme et son espace. Études offertes à Robert Fossier*, París, pp. 145-153.



1. Planta general de la aldea altomedieval de Le Teilleul (Ille-et-Vilaine) con la división de las distintas parcelas, según I. Catteddu (2001)



2. El tránsito del hábitat alveolar del siglo x a la aldea; el núcleo de Alcedo (Álava), según J. A. García de Cortázar



3. Planta general de las excavaciones en la aldea de Fuenteungrillo (Valladolid), según C. Reglero e I. Sáiz



4. Vista aérea de la excavación de la aldea alto y plenomedieval de Zornoztegi (Salvatierra-Agurain, Álava)



5. Vista aérea de las excavaciones de la aldea de época visigoda de Góztegui de Arriba (San Martín de la Vega, Madrid), según A. Vigil Escalera



6. Vista aérea de la excavación del despoblado de Aistra (Zalduondo, Álava), en el que destaca la iglesia de San Julián y Santa Basilia, atribuida a los siglos IX-X, según A. Reynolds